

Violencia y globalización

El tiempo abierto con el ataque terrorista y sus consecuencias permite entender mejor esta nueva época de globalización sin el poder hegemónico de Estados Unidos. La reinstalación del nacionalismo como valor principal puede opacar otros como democracia, justicia y derechos humanos que se han impuesto a lo largo de los años. En este marco, una primera hipótesis aproximativa sería que cualquier acción imperialista en un mundo globalizado puede constituirse en fuente potencial de conflicto.

Renato Ortiz

Cualquier reflexión a partir de un acto de violencia siempre es polémica y difícil. Frente a la brutalidad del hecho, la mente oscila entre la facultad de comprensión y la reprobación ética. Para evitar malentendidos digo desde el inicio: el ataque al World Trade Center, segando la vida de miles de inocentes, es un acto condenable. Como todo atentado contra la población civil –bombardeo de las ciudades europeas durante la Segunda Guerra Mundial, bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, napalm en Vietnam, masacres étnicas en Africa– no podemos ser conniventes con ello. Pero la condena moral, no obstante su intención, no nos ayuda a comprender lo que ha pasado. La indignación no puede cegarnos al punto que desconozcamos el significado del evento. Por eso, cualquier explicación del tipo «se trata de la obra de», «fanatismo», «un acto irracional», «un comportamiento psicótico», nada añade a lo que se quiere analizar. Categorías como esas tienen tal vez una compensación psicológica frente a lo que ocurrió, pero difícilmente aprehenden la intención del asunto. La violencia no es algo gratuito (como nos gustaría que lo fuera), pues se inserta en la lógica de la sociedad. Como el crimen para Durkheim, la violencia es

Renato Ortiz: profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Estadual de Campinas, Unicamp; autor, entre otros títulos, de *Mundialización y cultura y Otro territorio*.

Palabras clave: globalización, violencia, nacionalismo.

un hecho social «normal», es decir, un fenómeno social significativo siendo por lo tanto sujeto de entendimiento. Esa verdad dolorosa, incómoda, es corroborada por la existencia de una formidable industria bélica, por los conflictos y por las guerras.

Mucho de lo que ocurrió puede ser considerado bajo el ángulo de la globalización. Esta es una llave importante para que entendamos el cuadro de la sociedad contemporánea. Durante los innumerables debates en los cuales he participado a lo largo de la década de los 90, solía decir que,

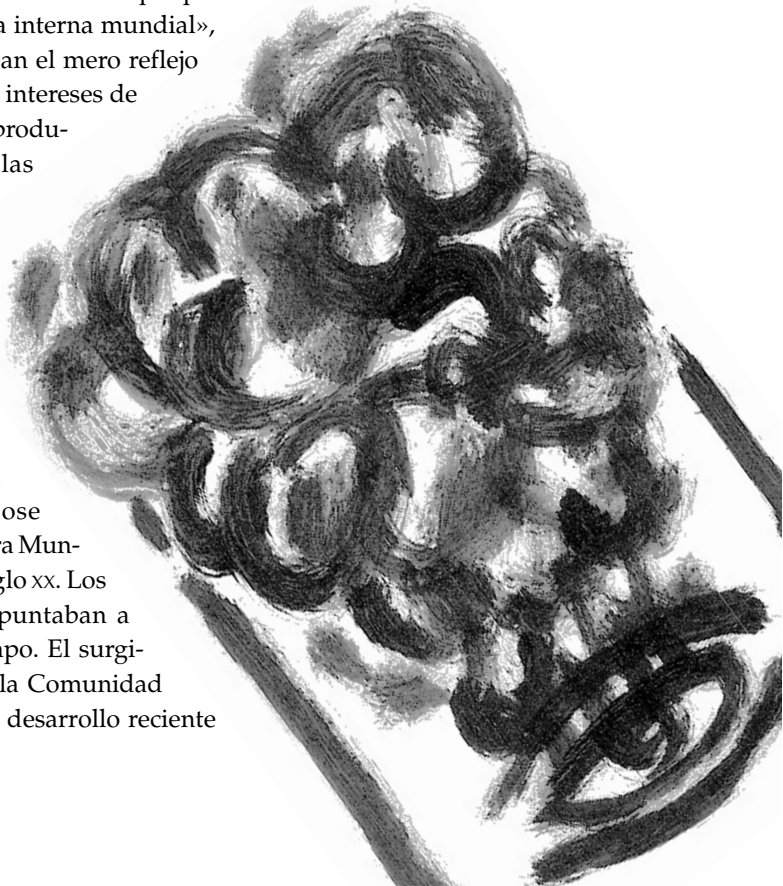
*El «orden»
mundial
que inaugura
este siglo XXI
no dispensa
la presencia de
la violencia
sino que
la redistribuye*

entre la caída del muro de Berlín y la guerra del Golfo, yo prefería esta última como marco de una nueva época. La debacle soviética determinó más el fin de un orden que el inicio de otro.

La guerra del Golfo ya traía los gérmenes de algo desconocido. Fue una acción militar orquestada en el seno de una organización internacional (ONU), había un enemigo claro a ser abatido, y la voluntad de una acción colectiva realizada en nombre de «todos» los países del planeta. La invasión a Irak (no tengo la menor intención de justificarla) contó incluso con el apoyo del mundo árabe, y si los americanos no consiguieron derrocar el régimen de Sadam Hussein fue porque las propias reglas que iniciaron el ataque (lograr que los iraquíes retirasen su ejército hacia una zona considerada ocupada) mantuvieron su validez. El conflicto se agotó cuando los objetivos fueron alcanzados, o sea, la comunidad internacional había circunscrito su legitimidad a determinadas condiciones. El atentado al World Trade Center expresa el movimiento de globalización en forma todavía más perfecta. El enemigo ya no puede ser un Estado-nación sino un grupo nómada capaz de controlar y administrar en escala ampliada un conjunto de técnicas de violencia. Sabiendo que una de las características del proceso actual es la fragilidad del Estado-nación, nos encontramos ante un evento paradigmático. Para diversos analistas este ya es considerado como el verdadero inicio del siglo XXI. Hasta fechas recientes, sobre todo en la literatura sobre las relaciones internacionales, predominaba una visión que apuntaba hacia la existencia de un «desorden mundial». Dicho de manera ingenua, tal afirmación llevaba a un entendimiento enteramente equivocado del siglo pasado. No podemos olvidar que el «orden» anterior se contuvo entre dos guerras mundiales, diversas guerras de descolonización, un primer experimento atómico, además de múltiples masacres a poblaciones civiles en las esferas de influencia soviética y norteamericana. Sin embargo, todo eso «tenía sentido» en el marco de la Guerra Fría. La noción del «orden» provenía

de la existencia de un cuadro organizado de las fuerzas involucradas, pero nada tenía que ver con una situación de paz. El «orden» mundial que inaugura este siglo XXI no dispensa la presencia de la violencia, lo nuevo es que ella se organiza en otra forma distinta al del monopolio que la confinaba a los límites de los territorios nacionales. En este sentido las fronteras de los países, la separación entre «interno» y «externo», «nosotros» y «ellos», se diluye. Quedó clara la dificultad de designar a un enemigo sin rostro, sin territorio, de detectar el centro de operaciones que desencadenó la acción militar. No hay centro, existe apenas la intención violenta amparada por una red discontinua que le otorga sustento material. Por otro lado, los norteamericanos se habían acostumbrado a pensar en sí mismos como estando «fuera» del mundo, como si todavía fuese posible trazar una línea divisoria, nítida y segura, entre «ellos» y los «otros». Esta ilusión, alimentada por una política internacional aislante, desapareció (la no participación de Estados Unidos en la Unesco, su retirada del protocolo de Kyoto, la política en el Medio Oriente, etc.), pero sería erróneo pensar que la mezcla de las fronteras se refiere solamente a «ellos»; en verdad, todos estamos involucrados. En este sentido el atentado no ocurrió en EEUU sino en una provincia del mundo. En el futuro podrá reproducirse en otros sitios. El «nuevo orden» requiere, por lo tanto, instituciones que puedan arbitrar la «política interna mundial», instituciones que no sean el mero reflejo de las ambiciones y los intereses de los países más ricos, reproduciendo, globalmente, las desigualdades existentes en la realidad.

El evento del World Trade Center simboliza también el fin del imperio norteamericano. En rigor, un dominio de corta duración, extendiéndose desde la Segunda Guerra Mundial hasta el final del siglo XX. Los análisis económicos apuntaban a eso ya hace algún tiempo. El surgimiento de Japón y de la Comunidad Europea, sin olvidar el desarrollo reciente



de China, creó nuevas zonas de producción y comercio directamente competitivas con los productos norteamericanos. El capitalismo «flexible», descentrando las unidades productivas, infligió una reestructuración radical en la economía de EEUU. La propia industria cultural, que hasta entonces reinaba sin contestación, fue obligada a redimensionar sus ambiciones. Pokemon suplantó al Pato Donald y la industria televisiva de la Comunidad Europea y la asiática (e incluso la latinoamericana) dislocaron el predominio de las series norteamericanas en las ficciones televisivas locales. Se mantuvo apenas la hegemonía de las películas de Hollywood, sin olvidar sin embargo que buena parte de sus estudios son hoy propiedad de capitales japoneses y europeos.

***En el mundo
actual
el Estado-nación
perdió su lado
«heroico»***

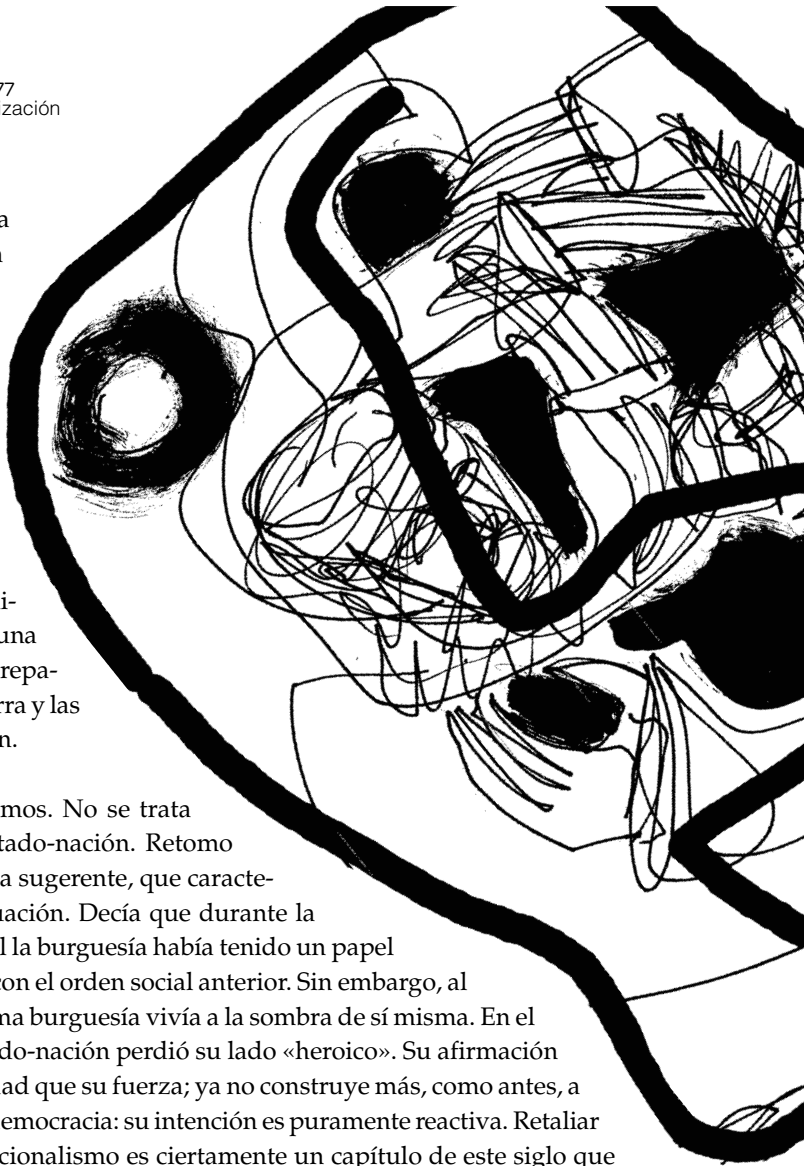
Difícilmente podríamos escribir, como lo hizo en la década de los 70 Jeremy Thunstall (un ideólogo del dominio norteamericano) que «*midia are American*».

En ese momento la preponderancia de EEUU era indiscutible. No quiero decir con esto que este país ya no tenga más importancia. Sería una equivocación. Pero las bases materiales para ejercer su dominio de deshicieron. Vivimos no obstante una contradicción: frente a esas transformaciones, y contraponiéndose a ellas, la mentalidad imperialista sobrevive y se manifiesta. En 1941, la revista *Life*, con orgullo y autoconfianza, decía: «Norteamérica es el centro dinámico de los trabajadores de la humanidad. Norteamérica es el buen samaritano. Norteamérica es la fortaleza de los ideales de la Libertad y de la Justicia». Versión popular y apologística del norteamericanismo. Hoy el lema, «Quien no está con nosotros está en contra» es de otra naturaleza. Su función es meramente reactiva. La convocatoria a la guerra del presidente Bush, la voluntad del retaliación a cualquier costo, la oposición entre el «bien» y el «mal», la descalificación de la civilización islámica, son parte de esta mentalidad beligerante, lo que nos lleva a una primera conclusión: EEUU se torna una amenaza mundial, pues la búsqueda de una compensación al ataque perpetrado puede poner en marcha otro peligroso mecanismo para la convivencia planetaria. Dicho en términos más abstractos: cualquier acción imperialista en un mundo globalizado, es fuente potencial de conflicto. Se sigue de esta argumentación su corolario: la reinstalación del nacionalismo, pues, al fin y al cabo, el concepto de imperialismo se fundamenta en la idea de la centralidad de la nación. En la discusión sobre la globalización, el nacionalismo es muchas veces visto como un freno al proceso de integración, como si fuera capaz de reafirmar la autoridad del Estado-nación ante su debilitamiento. Ejemplo: la fragmentación de las antiguas repúblicas soviéticas. En verdad, debemos pensar las cosas desde el punto de vista inverso. El nacionalismo norteamericano, liberado por los sangrientos acon-

tecimientos de Nueva York, no escapa a la regla. Frente a la imposibilidad de una acción inmediata –no se sabe dónde se encuentra el enemigo– la retórica nacional actúa como conciencia colectiva uniendo a los individuos en el pánico. Ella todavía tiene una función ideológica, preparar al país para la guerra y las medidas de excepción.

Pero no nos ilusionemos. No se trata del «retorno» del Estado-nación. Retomo de Marx una metáfora sugerente, que caracteriza bien nuestra situación. Decía que durante la Revolución Industrial la burguesía había tenido un papel «heroico» al romper con el orden social anterior. Sin embargo, al final del XIX, esta misma burguesía vivía a la sombra de sí misma. En el mundo actual el Estado-nación perdió su lado «heroico». Su afirmación revela más su fragilidad que su fuerza; ya no construye más, como antes, a la sociedad civil y la democracia: su intención es puramente reactiva. Retaliar para afirmarse. El nacionalismo es ciertamente un capítulo de este siglo que se abre, desmintiendo la tesis apresurada de la desaparición del Estado-nación, pero su cara y su significado cambiaron de sentido.

Por último la cuestión de los valores. El advenimiento de la modernidad-mundo se relaciona con el surgimiento de un territorio público en amplia escala que trasciende y atraviesa los espacios locales y nacionales –particularmente la televisión– tornándose cada vez más importantes. Satélites, cables, computadoras, fibras ópticas, transnacionalización de las empresas de comunicación, son factores determinantes en el cuadro político actual. No es sin razón que las ONGs, especie de metáfora del quehacer político en el ámbito global, se identifican con el uso de las «nuevas tecnologías» (utilización vista usualmente como «alternativa»). También es sintomático que se inicie en este siglo XXI un debate



sobre una posible «democracia cosmopolita», una «sociedad civil mundial», una «ciudadanía mundial», es decir, temas extensivos al planeta como un todo y ya no más circunscritos a las fronteras del Estado-nación, que envuelve actores diferenciados, ONGs, movimientos ecológicos, religiones. Es significativo constatar que en los últimos años la discusión sobre la ética haya resurgido en términos planetarios. En la década de los 90 la Unesco organizó dos debates sobre «ética universal» y su relación con la temática de la globalización (París, marzo de 1997; Nápoles, diciembre de 1997). El filósofo Karl Apel ha insistido sobre la necesidad de que los problemas mundiales sean ecuaciones que parten de una base común de valores compartidos por «todos». El libro de Edgar Morin, *Patria Tierra*, expresa el mismo estado de ánimo. Como los problemas ambientales existentes tienen una envergadura planetaria, sería urgente, según el autor, construir una plataforma común de valores éticamente compartidos. Podemos leer esa discusión de varias formas, concordando o no con los puntos de vista presentados. A veces me da la impresión de que el énfasis en la ética significa dejar a la política de lado; sin embargo, me gustaría subrayar que en el cuadro actual este debate se encuentra comprometido. Valores como democracia, ciudadanía, libertad, están amenazados cuando en el plan mundial el tema de la seguridad adquiere una dimensión desproporcionada. Todo ocurre como si estuviésemos asistiendo al surgimiento de una «ideología de seguridad», ya no nacional, como la conocíamos en Brasil en la época de la dictadura militar, sino mundial. Frente a una violencia ilegítima (los actos terroristas) y otra orquestada por el poderío militar, los ideales anteriores tienen poco espacio para manifestarse. Esto no es solamente inquietante, sino profundamente peligroso. Por lo tanto, las cuestiones del abuso a los derechos individuales, de la xenofobia, de la discriminación, de la desigualdad, que vivimos cotidianamente en nuestras ciudades (del Tercer al Primer Mundo), son traducidas en el lenguaje de la «inseguridad» con una respuesta simple: la legitimación de la violencia en escala planetaria.

